
Acuña

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8589

Título: Acuña

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de junio de 2025

Fecha de modificación: 10 de junio de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Acuña

Sería la hora en que la encontraron muerta cuando él llegó al café. Y fue allí que le dieron la noticia.

Después oyó la historia de la carta que la suicida había dejado dirigida al juez. Y al fin la noticia de que el padre de la muerta, quería saber lo que decía la carta. Y el juez se negó a entregársela.

Entonces aquellos comentarios que oyó después y que le acarrearón el desprecio del pueblo, no habían salido de la boca del juez.

* * *

Al velorio no fue. Y al café dejó de ir por ocho o diez días.

Hasta que una noche —no habían llegado los diarios que leía uno a uno para matar las horas— volvió a ir.

Don Anselmo, con quien hacía mesas de carambolas, se le acercó.

—Le acompaño el sentimiento, Acuña...

—Gracias —dijo él, y bajó los ojos hasta las manos que andaban a la altura de la cadena del reloj, armando y desarmando un cigarro.

Don Anselmo esperó alguna otra palabra y tras un silencio agregó:

—Fíjese... Ahora que tenía una novia linda y con plata...

Acuña buscó la contestación. No la encontró y contestó aquello que no alcanzó para detener al otro.

—Eso no me importaba a mí.

—Es que es una familia que tiene a menos a todo el mundo...

Acuña no pudo más. Se irguió y contestó ofendido:

—Creo que usted también me tiene a menos.

Y se fue.

* * *

Cenaba y se sentaba bajo el parral del patio, o iba hasta la caballeriza a entretenerse mirando moverse en la sombra los caballos de los paisanos, que extrañaban el encierro. El fondo sombreado de paraísos, hervía de luciérnagas y el hinojal de los fondos vecinos, de grillos. A veces un saltamontes introducía su estridencia en el sonido unánime.

Sentía acercarse luego, dando tumbos en el pedregal del camino, la pipa de Soria que venía a llevarse las sobras y restos de comida del hotel.

Después empezaba la ronda de los policías midiendo las horas y al fin como cerrando la noche, el pito del tren. Entonces llegaba a la estación, que estaba allí nomás, a recoger los diarios.

El pueblo, tras la partida del tren, se dormía. Sólo quedaban con luz dos puertas: las del café y el club.

Los diarios lo salvaban por dos o tres horas de aquella soledad nocturna que nunca conoció antes. Porque él siempre fue "hombre de café".

Después dormía. La tortura empezaba al otro día en que tenía que cruzar el pueblo.

Porque le había tomado miedo a la gente.

* * *

A las pocas noches fue Farías. Él volvía de la estación.

—Hace días que no lo veo en el café —le dijo.

—No salgo.

—Claro. Después de lo que pasó... Pero hay que ser hombre —le dijo.

Él calló un instante y respondió:

—Es que hay cosas bárbaras...

—Pero usted no se entregue... El Juez es usted ... Si las cosas no pasaron como dicen, estese tranquilo.

—Es fácil decir —contestó y siguió hacia el hotel.

Allí fue que la frase se le tiró arriba. "Si las cosas no pasaron como dicen". ¿Cómo era esto? ¿Qué quería decir?

En eso estaba la clave. Quién sabe qué cosas andaban diciendo por el pueblo.

Resolvió volver al café.

* * *

Allí estaba Fuentes, con el que siempre había hecho buenas horas, gastando tiempo, cuando el café se fundía con la noche y quedaban los dos conversando cosas, de esas que luego no se recuerdan.

—No te he buscado —le dijo el amigo—, porque comprendí que no querías compañía.

Acuña comenzó a descargar su angustia.

—He sentido que la gente es mala... Yo no merecía el desprecio de la familia... La mataron ellos...

Fuentes le dejaba decir. Cuando terminó le dijo:

—Vos pónete en el caso de la familia.

Acuña se irguió.

—¿Por qué? ¿Qué tienen que yo no tenga?

—Plata. Pero no es eso ... Si vos has hecho bobadas la culpa es tuya.

—Seguí, seguí...

Sí. Siguió Fuentes. Había que decir la verdad. Acuña era un desconocido.

—Bajaste del tren a las ocho y a las diez ya tenías tarjeta para el club... Claro, la tarjeta se la dieron a tu vestir, a tu cargo...

Esa misma noche salió novio de la muchacha. Era linda y además su familia era la más rica del pueblo.

—Al otro día te vieron en la Iglesia... Fue un acierto tuyo... Este no tiene nada de bobo, dije...

...Pero al otro día vino una mujer a cantar tangos en el café del pueblo. Y Acuña, olvidándose del respeto que le debía a la familia y al pueblo anduvo con ella por la calle "como si tal cosa".

Y después el asunto de la pensión. Acuña llegó del café a media noche y encontró a la mucama en la puerta, llorando. Era una infeliz de campaña, de dieciséis años... El patrón la había encontrado "de puerta cerrada" en la pensión. La echó.

Acuña, conmovido, la llevó a lo de Vargas, que tenía un hotelucho de mala fama.

—¿Qué hubieras hecho vos? —preguntó Acuña.

—Yo lo que te digo que la gente no va a ser tan boba de creer que lo hiciste por tu buen corazón...

Acuña ya no se indignaba. Una tristeza infinita le había como debilitado. Oía. Los ojos se le iban humedeciendo. Tenía tristeza por Fuentes, por el pueblo. Por todo lo que le hería a él.

Fuentes siguió hasta la revelación brutal:

—Y si resolviste matarte con ella, tenías que haberlo hecho...

Esa noche Acuña mandó al sereno de la pensión por una botella de alcohol.

* * *

Se disponía a colocar el ramo de rosas en la tumba de la muerta cuando llegó el hombre.

—Tengo orden de la familia de no dejárselo poner...

Acuña no dijo nada. Levantó el ramo y lo dejó al borde de otra tumba.

Al otro día se fue del pueblo.

* * *

Vargas lo vio en la ciudad al poco tiempo. Estaba leyendo un diario en el banco de un parque.

Lo encontró viejo, barbudo y mal vestido.

Y no tuvo interés en encontrarse con él.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.